

cajado, felizmente los últimos años. El deporte, en su versión moderna, nació, como se sabe, hace un siglo y medio. Fue el pedagogo inglés Thomas Arnola el que introdujo una forma nueva de educar a los niños y a los chicos, poniéndolos en contacto con la naturaleza, haciéndoles ver el placer del esfuerzo físico, de la competición en plena naturaleza y consiguió que la juventud inglesa adquiriese nuevos objetivos y, lo que es más importante, una nueva manera de conseguirlos. Y así nació el deporte en la forma moderna que nosotros hemos conocido y que se ha ido modificando y adaptándose a las exigencias de las competiciones y de los deportistas.

### **El deporte elitista del siglo XIX**

En sus comienzos, hacia finales del siglo XIX, el deporte y, más todavía las competiciones deportivas, tenían un carácter eminentemente elitista. No porque se buscara ningún tipo de discriminación, ni se pretendieran establecer barreras ni limitaciones, más bien al contrario el deporte fue un elemento firmemente coordinador que favorecería el contacto humano y el conocimiento recíproco entre los diferentes elementos de la sociedad, sino porque hacer deporte y sobra decirlo, vivir de la competición, sólo estaba al alcance de quien disponía de un caballo, de unos esquís, del acceso a un club, a unas instalaciones o entidad deportiva donde fuera posible dedicarse a la competición aprovechando las horas de ocio que tuvieran los aspirantes a deportistas. Los trabajadores y asalariados no disponían de demasiadas horas para dedicarse al deporte. Este, por lo tanto, quedó limitado a los estudiantes, a los chicos de familia acomodada o a los adultos de posición holgada que disponían de tiempo, de dinero y de medios para hacer deporte.

El deporte moderno tuvo una fecha oficial de nacimiento. Fue el 23 de junio de 1894, cuando Pierre de Coubertin reunió en su majestuoso y amplio Anfiteatro de la Sorbona de París, ante un auditorio de unas dos mil personas, a representantes de doce países de Europa, América y Oceanía. Allí fue donde se acordó constituir la primera organización mundial del deporte -el Comité Internacional Olímpico- y se dio una filosofía lúdica a los deportistas.

Fruto del espíritu de aquel tiempo, los primeros miembros del CIO fueron personas de la "élite" del momento. Presidió aquella reunión el barón de Courcel y el primer Comité Internacional Olímpico lo formaron quince personas de trece países, entre los cuales había dos generales (uno sueco y el otro ruso), dos condes (italiano y belga), un duque

## **EL RETO DEL SIGLO XXI**

*Andreu Mercé Varela*

El trasiego social, técnico, científico económico, médico y en todos los órdenes de la actividad humana que ha vivido nuestro mundo desde hace un siglo no podía dejar marginado el deporte. Por el contrario, siendo las actividades deportivas algo nuevo e innovador, a comienzos de nuestro siglo, ha sido el deporte una de las actividades humanas que con más sensibilidad han acusado aquellos cambios que nuestra sociedad ha en-

italiano, el barón de Coubertin, un lord, un ministro y otras personas de relieve en sus países respectivos.

Esta circunstancia, que en la actualidad no habría sido aceptada, entonces lo fue, ya que los dirigentes de la mayoría de movimientos deportivos procedían de un nivel social elevado. Lo cual no fue óbice para que muchos atletas y deportistas de nivel medio e incluso humilde llegasen a proclamarse campeones olímpicos gracias a que el deporte ha sido siempre un elemento igualador del hombre sin discriminación de ningún tipo. Y los, llamémosles "elitistas" fueron los primeros en sentirse solidarios de todos los deportistas.

Una de las condiciones que imponía el Olimpismo en sus primeros cincuenta años fue la exigencia del amateurismo. O sea, competir por el placer de la carrera o el encuentro, sin esperar ninguna ganancia ni beneficio como no fuera el mejoramiento del individuo y de la sociedad. Este principio se mantuvo con bastante rigor hasta después de la última guerra mundial. Los casos de Jim Thorpe, de Jhonny Weissmuller, Paavo Nurmi, Jacques Ladoumegue y otros campeones que tuvieron sus problemas con los reglamentos deportivos y olímpicos fueron anécdotas más o menos dolorosas, pero en general la condición de amateur, según el concepto que entonces se tenía del "amateurismo", se mantuvo bastante bien. Después de la última guerra mundial, la sociedad en la mayoría de países cambió sustancialmente. Y la concepción política de la mayoría de estados acabó de forzar la situación. Después de 1945, el mundo se dividió en países capitalistas y países socialistas. Los primeros aceptaban abiertamente a los deportistas profesionales, con o sin contrato, pero eran atletas que vivían pública y exclusivamente de la práctica de su deporte, abiertamente y sin esconderse para nada. En los países socialistas el profesionalismo no era admitido pero los campeones, los atletas de alta competición e incluso los niños con grandes posibilidades deportivas no hacían otra cosa que prepararse para alcanzar las mejores marcas, los más preciados títulos y llegar al más alto nivel deportivo. Durante su época de estudiante, los futuros campeones recibían becas y ayudas que les permitían dedicarse intensamente a la práctica de su disciplina deportiva. Y después de terminar la Universidad seguían haciendo deporte como actividad exclusiva, pero adscritos al ejército, a un sindicato o a una escuela de educación física que les permitiera mantener el entreno y dedicarse a la alta competición.

### **El "amateurismo", entre el Este y el Oeste**

Con la antigua definición del amateurismo se mantenía una evidente desigualdad entre los mejores atletas de los países capitalistas y los procedentes de las naciones socialistas. Todos viven únicamente de la práctica de su deporte, pero unos quedan teóricamente marginados de las competiciones olímpicas, mientras los demás tienen abiertas las puertas de los Juegos cuatrienales.

Ante esta espinosa cuestión, el Comité Internacional Olímpico resolvió que cada Federación Internacional definiera su concepto respectivo de amateur para sus deportistas. No tienen las mismas servidumbres deportivas el atleta de una disciplina que el de otra. Así, por ejemplo, un esquiador de alta competición que tiene que pasarse dos meses de entrenamiento en la alta montaña antes de empezar el rosario de carreras que le llevarán, durante los cuatro meses y medio de competición por los tres continentes donde se disputa la Copa del Mundo, no se puede comparar, por lo tanto, esta servidumbre del esquiador (o del atleta, o del nadador o del gimnasta) con la de un jugador de hockey sobre hierba, un luchador de esgrima o un campeón de tiro con arco.

Esta necesidad de distinguir las obligaciones de los campeones de un deporte respecto a los de una disciplina más exigente, obliga a establecer una definición diferente de los atletas según la disciplina que practiquen. Los deportes más caracterizadamente profesionales, como el fútbol, el hockey sobre hielo, o el tenis han buscado una solución para su problema olímpico. El fútbol, limitando la edad de los jugadores y excluyendo de los Juegos Olímpicos a los sudamericanos y europeos que hayan participado en los Campeonatos del Mundo, los jugadores de hockey que estén atados por contrato de profesional con los clubs de las ligas de aquel carácter, y por lo que respeta los tenistas todavía se tiene que definir su situación.

### **El futuro del deporte profesional**

¿Continuarán los deportistas de élite ganando millones a través de empresarios profesionales sin ninguna intervención de los clubs deportivos y de las federaciones de sus países?

¿O bien renacerá el deporte en el sentido clásico y olímpico tal como lo hemos conocido hasta ahora? Es indudable que los patrocinadores ("sponsors") seguirán interviniendo en muchas competiciones deportivas para prestigiar un producto, una marca o un nombre a

través de los deportistas más conocidos.

Tampoco hay ninguna duda de que algunos deportes como el golf, el tenis, el boxeo o las disciplinas del motor, sus campeones no entrarán dentro de un club o una entidad netamente deportiva.

Es muy probable que los Juegos Olímpicos abran, cada día más, la permisividad respecto a los mejores atletas del mundo a fin de sincronizar con las necesidades y preferencias del mundo en que vivimos. El olimpismo no puede vivir lejos de la realidad y convertirse en una pieza de museo.

Pero los Juegos tampoco se convertirán en una competición "open" en la cual los atletas que sólo ven en el deporte una forma más cómoda de vivir y de hacerse con una fortuna puedan convertirse en las figuras exclusivas de los Juegos Olímpicos. Es necesario que los clubs y las federaciones vuelvan a tener la autoridad única en el mundo de la competición y en la definición de los atletas.

Este es el camino del deporte del mañana y que tiene que asegurar el futuro del Olimpismo. Será bueno que los deportistas reciban las ayudas y las colaboraciones que les permitan alcanzar cada día mejores marcas y demostrar que los límites de la naturaleza humana están todavía muy lejos.

Pero es indispensable conservar la mentalidad olímpica que si un día se manifestó a través del amateurismo, ahora se puede conservar todavía como un estado de espíritu único, tal como se demuestra cada cuatro años con ocasión de los Juegos Olímpicos.

No en vano ningún atleta del mundo cambiaría por nada, no por la más dorada de las recompensas, un triunfo en los Juegos cuatrienales. Nada se puede comparar con la singularidad de un título como es el de Campeón Olímpico.

Esta es la mentalidad que mantendrán los deportistas que esperan llegar al siglo XXI con una mentalidad olímpica y deportiva a fin de que el deporte siga siendo la fuerza social más importante que existe actualmente. La única que une a toda la juventud del mundo sin distinción de razas, de religiones ni de ideas políticas.